

DON J. E. PACHECO



EL CRIOLLO.

Todavía á principios de este siglo, y antes de que una revolución de ideas hiciese una revolución social, confundiendo todas las clases y el mérito con la inepticia, hacia la injusticia por medio del sistema colonial lo que en épocas posteriores ha hecho por medio de los partidos políticos. Así como en ellas es una mancha tener esta ó aquella fe para no encontrar cuartel en el partido reinante, y esto sólo explica la exclusión del mérito, y la repetida é inconcebible exaltación de las nulidades, así entonces era una positiva desgracia para los mexicanos ser hijos de su hermoso suelo. Anatemático político y excomunión social era la suerte de la más sólida virtud y del saber

más profundo, si tenían la fatalidad de recaer en un hijo de español. En todas las capitales del país, y hasta en sus últimos cortijos, bastaba haber venido del otro lado de los mares para ser mejor que el criollo más distinguido. A Indias no se venía á mudar temperamento; y ya se ve, que los que emprendían este viaje con el único objeto de buscar fortuna, eran, casi en totalidad, de la clase más humilde en la península. El monopolio en el comercio, y la preferencia en los empleos y posesiones bajo un sistema más y más perfeccionado en el curso de tres siglos, proporcionaban una fortuna segura, que aunque con ella no se comprase un título de conde ó marqués, bastaba por sí sola para hacer al que la poseía el hombre de las atenciones, capaz á su vez de proteger al sobrino ó al paisano que venía á marchar sobre sus huellas; pero esta fortuna no era suficiente para dar una educación, por decirlo así, infusa, para revestir al burdo ó al necio de modales y conocimientos que no adquirió en sus primeros años. Grandes señores de éstos, existentes todavía hoy en París, Londres y otras capitales de Europa, que aunque dueños de medio millón de pesos, y en el centro de aquellos pueblos cultos, no han dado un paso más ni en sus costumbres ni en sus ideas: con una vida de avaros, con una barba y una camisa de ocho días, miran desde allá á la América como cuando vinieron á

ella. En aquel tiempo los hijos no eran iguales á sus propios padres, por el solo hecho de ser sus hijos. Aunque la raza mejorase á virtud de una educación, que tan mezquina como era, no habían tenido los progenitores, era una raza, se puede decir, proscripta. Es de observarse, que entre los empleados de alta categoría, y aun en todas las clases, había españoles de muy nobles sentimientos, y de una lealtad del tiempo de la España caballeresca.

El hecho es que aunque hijo de español, que murió oidor de la real audiencia de Guadalajara, Eugenio, con una alma radiante y deseoso de gloria, con principios firmes de una buena moral, un buen talento y conocimientos superiores á su siglo, adquiridos unos en el seminario ó en el bufete de su padre, y otros en el secreto estudio de obras anatematizadas por el Santo Oficio, porque trataban de los derechos y de la historia de los pueblos, pasaba tristemente los años de su juventud como si se hallase ya en aquel último término en que el hombre fatigado de las pasiones, desencantado de la ilusión, escarmentado del mundo y sin perspectiva seductora delante de sí, mira la vida como una carga. Había abrazado la carrera del foro, porque no tenía otros extremos en que escoger que éste, ó consagrarse á las órdenes, porvenir el más brillante á que podía aspirar un hijo del país; pero ni tenía un teatro digno de él, ni podía hablar libremente, ni aun

entre los togados había quien le comprendiera. No existiendo entonces ni una sola reunión que se pudiera llamar una sociedad culta; mirado con desdén por los señores principales, porque estos señores, tenderos ó dueños de haciendas, eran incapaces de apreciarle en lo que valía, muerto su padre, no le quedaba más que su valor personal, y ningunos protectores que le dieran otro teatro, ni esperanza de hacerse valer por sí solo ante una corte lejana que había abrazado un sistema de monopolio. Las personas que no podían dejar de reconocer sus brillantes cualidades ni de amarle, tampoco dejaban de exclamar: ¡Lástima que sea criollo! Viendo así Eugenio que su existencia en aquella época era una especie de anacronismo, que su saber no era saber, que su virtud no era virtud porque era criollo, pasaba las noches en el estudio, la mañana entre los jueces ó los presos, y la tarde en pasear á pie ó á caballo por la plaza mayor, frente de unos balcones, en donde estaba seguro de encontrar á hora fija un postigo entreabierto, y asomarse por él un par de ojos como dos estrellas del cielo. Estas inteligencias mudas y sin convenio previo, pero más elocuentes que los alegatos de Eugenio en la defensa de la infelicidad, eran á un tiempo el vínculo y el germen de las desgracias de dos seres nacidos para amarse. En efecto, la bella Rosa era lo que buscaba Eu-

genio, y el único ser en quien podía hallar todo su universo: una figura celestial, un corazón amante, un talento extraordinario junto con una alma pura, y una edad tierna para recibir las impresiones que se la quisiesen dar; pero Rosa no era para él porque era criollo. Esta era la razón porque se le había negado la mano de la joven, y el inconveniente que encontraban todos los amigos y parientes de la familia, aun para permitirle la entrada en la casa.

Recién viuda la madre, y poseedora de grandes bienes, había dedicado todo su amor á su hija única; pero un amor de orgullo, y todo modulado á la educación y á las ideas reinantes de la época. Para ella no había esposo digno de su hija en todo el entonces reino de Nueva España; y á falta de un pretendiente de alta dignidad, se conformaba con la voluntad de su marido, que en su testamento destinaba su fortuna y la mano de su hija á D. Melitón Pallares, su cajero mayor y también sobrino suyo. Este era uno de tantos venidos á América, desnudo de bienes y de cualidades, tan vacío de sentido común como lleno de vanidad.

La familia vivía en el portal llamado "del Mayorazgo," en un costado de la plaza; en sus bajos estaba la tienda de comercio que dirigía el presunto hijo político de la casa. Eugenio no podía pasar constantemente á determinadas horas y mirar para

el balcón, sin que aquel le observase. Así es que dió parte á la señora para que apresurase el matrimonio concertado, pues él poco se cuidaba de ser ó no querido de su mujer: estaba seguro de su conducta, y con su mano entraba luego en posesión de la herencia; esto era todo lo que le importaba.

Rosa, tímida, amante de su madre, incapaz de desobedecerla, buscaba siempre el modo de evitarse entrar en estas explicaciones, y esperaba del tiempo poder frustrar los proyectos de su familia, y realizar sus votos con aquel que ya amaba más de lo que creía ella misma. La madre, la señora Doña Brígida. . . ., era una buena señora en su conducta y en sus sentimientos maternales: no tenía otra existencia que la existencia de su hija: una mirada suya de ternura acompañaba todos los pasos y todas las acciones de Rosita. No carecía de talento, y cuando hablaba de su hija, parecía elocuente su lenguaje; pero no había recibido la más ligera tintura de educación: jamás un libro había sido abierto entre sus manos, si no eran los de sus rezos y los en que mal aprendió á leer. Su vida era toda monótona y mecánica: levantarse tarde, ir con su hija á pasar casi toda la mañana en la iglesia, comer á la una del día, dormir dos ó tres horas de siesta, dar unas cuantas puntadas, reunir á toda la familia á la oración de la noche para mascar un rosario de son-

sonete, con apéndices de devociones más largos que el cuerpo de la obra, y de que se levantaban todos más dormidos que contritos, recibir después unas parientes viejas, al padre confesor de la familia, y unos cuantos avaros, antiguos amigos del difunto, para contar las vidas de los santos ó jugar á las cartas, mientras Rosita mataba en el piano el fastidio que le causaba aquella sociedad, y trataba de acallar los sentimientos que se combatían en su corazón con una sonata de su maestro Villalazo ó con "la batalla de Trafalgar:" cenar á las diez, rezar otras cuantas devociones para irse á la cama á las diez y media, y repetir lo mismo al día siguiente: tal era la historia de aquella señora de toda su vida. Jamás había puesto un pie en un baile, ni en el teatro, ni en espectáculo de ninguna clase: tales distracciones, si no se tenían por pecado, se miraban como acciones próximas ó demasiado profanas. No se tenía más fiesta que las religiosas de semana santa, y la reunión de aquellos amigos á quienes se permitía ir á los balcones á ver la procesión del Corpus pasar bajo de enramadas. Las mulas del coche disfrutaban unas verdaderas prebendas, porque no tiraban de él más que los domingos por la tarde, y esto si no amenazaba lluvia, para ir á una huerta que tenían en el costado sur de la alameda, en que la niña se divertía cortando las flores y las frutas del tiempo, ó para ir á dar

una vuelta al paseo y volverse á casa á la oración. Si se exceptúa el rudo sobrino de la casa y los caducos tertulianos, aquella familia estaba excomulgada del resto de sus semejantes.

La señora se había casado sin haber conocido ni al amor, ni á su marido: le fué fiel, sin haber tenido nunca riesgo de dejarlo de ser, y sin tener tampoco ni aun idea de las pasiones, ni de sus borrascas, guardó una virtud, llamémosla, inerte, sin pretensión y sin peligro. Su defecto era un orgullo desnudo de títulos y más bien compadecible, como resultado de una mala educación.

Una vez que Rosita se entraba del balcón distraída por el placer que le causó lo que acababa de mirar, al encontrarse con su madre que se hallaba detrás de ella, dió inadvertidamente un grito, sus miembros todos temblaban y sus mejillas se pusieron pálidas como la muerte, cual si hubiese cometido un horrendo crimen.

Doña Brígida la tomó por la mano y se sentaron ambas en un canapé: por un gran rato guardaron un profundo silencio; mas al fin lo rompió la madre hablando de esta manera: "Hija de mi vida, hija de mis entrañas, tú sabes cuánto te idolatra mi corazón: tú eres quien sostiene mis fuerzas que comienzan á desmayar: cada una de tus acciones tiene tal encanto, que aun por las más indiferentes, mis labios imprimen á

todas horas del día en tus mejillas la efusión de mi alma: mis ojos te siguen cuando te separas de mí y cuando vuelves á mi lado, mi sangre se reanima y late mi corazón."

La niña bajaba la cabeza y se enjugaba los ojos.

—¿De qué ha venido ese susto? Esto me confirma lo que ya me he sospechado, y me harías infeliz con alimentar locuras en vez de dirigirte por tu confesor y por mí.

A estas palabras, la pobrecita niña, como herida de un rayo, se puso de rodillas, y pretendía esconder entre las de su madre el llanto que la inundaba, y su secreto que veía estar ya descubierto.

—Levántate, hija mía, y óyeme lo que te quiero decir. Ya te hallas en edad de establecerte: sabes que por la voluntad de tu padre, que debe estar gozando de la presencia de Dios y presenciando nuestra conversación, por mi voluntad igualmente, por la calidad de tu nacimiento, por los intereses de la familia, y por el lugar que debe tener en el mundo una señorita de tu clase, estás destinada á ser esposa de D. Melitón. Pero yo he observado que todas las veces que se trata de arreglar este negocio, tú te retiras inmediatamente, ó eludes las cuestiones: me caería muerta de la pesadumbre si en tu pecho cupieran otros sentimientos. Hasta ahora me complazco en creer que no sean mas que inquietudes pueriles de que triunfará fácilmente la con-

sideración de tus deberes. D. Eugenio. . . . no es más que un abogado, y aunque hijo de un oidor, al fin es criollo. Me dirás que tú también lo eres; pero por la misma razón, una señorita que piensa con juicio, sólo puede dar lustre á su casa casándose con español, ya que ella no ha tenido la dicha de serlo: marido y breña, de España. ¿Qué puedo yo querer para tí, hija mía, si no tu mayor bien, que seas una señora principal, considerada y respetada de todo el mundo? No me digas que no amas á tu primo para marido; eso no importa, ni es propio de una niña virtuosa. El amor no es mas que una locura, buena para las novelas; y ni tu confesor ni yo te hemos jamás permitido la lectura de esos libros. Es, pues, un precepto que te impone tu madre, que deseches toda inquietud extraña á lo que exige de tí tu propio decoro, la virtud y la voluntad de tus padres.

En esto la señora se levantó, adelantando su mano, que su hija besó con extremo cariño.

Rosa quedó como precipitada en un abismo; con una declaración tan terminante, vió todas sus esperanzas disipadas, como pasa la noche en que hemos soñado la felicidad. Ella ama á su madre tiernamente; su madre la ha hablado con las palabras dulces de una amiga; pero con un tono decisivo. Por no clavar el puñal en el corazón de una madre tan querida, se resuelve

firmemente á clavarlo en el suyo, resignada á conformarse con el triste consuelo de una tumba, y á llorar en silencio por todo el resto de sus días, el sacrificio de su vida entera. Mas si antes no había visto en Eugenio sino una persona digna de preferencia, hoy que se le desprecia, hoy que se la manda le mire con frialdad, un sentimiento, para ella desconocido, viene á convertir en una pasión frenética lo que hasta entonces no había sido más que una simpatía. El nombre de Eugenio quema sus labios: al pasar por ellos, su corazón quiere escaparse, su pecho se hace pedazos, una fiebre la devora, su razón se pierde; y en medio de este amor á Eugenio, resuenan todavía en sus oídos las palabras de su madre, como el sonido lejano de una campana fúnebre, como el canto de muerte de los habitantes de la montaña en una noche tempestuosa.

Eugenio tenía elevación de alma, sus principios eran nobles y sus sentimientos generosos; pero esa alma era á un tiempo combatida por el amor á Rosa, por el desprecio que se hacía de su persona, por la humillación á que se veía condenado él y todos los que entonces tenían la desgracia de haber nacido bajo el cielo puro de las Américas.

La inclinación irresistible de estos dos seres, que en las leyes de la naturaleza habría dado por resultado un porvenir sem-

brado de flores para ellos, y un ejemplo de virtud para los demás, contrariada por las leyes de la política y por las preocupaciones de la época, no fué más que origen de faltas y de desgracias.

Sospechó Eugenio lo que pasaba al observar que su amada no aparecía ya á las horas que tenía costumbre de verla, y la buscaba por todas partes; mas la madre escaseaba las salidas de casa, cerraba las cortinas del coche, mudaba de horas y de iglesias para ir á sus prácticas religiosas, y redoblaba en todo una molesta vigilancia; vigilancia inútil, porque bastaba la declaración de su voluntad para que su hija formase á sus propias expensas la firme resolución de no darla el menor disgusto. Así es que aunque Eugenio se valiese de todos los medios ostensibles y clandestinos que se emplean en tales ocasiones, no recibió nunca de aquella joven la menor manifestación que alentase su esperanza. El, no obstante, no desmayaba en la que le inspiraban á un tiempo su amor invencible á Rosa, y la muy fundada presunción de que se hacía violencia á su voluntad.

Recorriendo también por su parte los templos á todas horas, hubo al fin de encontrar á la familia en el de S. Francisco un día de jubileo. Bajaban aquellas señoras las gradas de la mesa santa, y se pusieron de rodillas á dar gracias en un libro con muestras de intenso fervor. Se representa-

ba al espíritu de Eugenio, como en una visión, ó cual en una poesía sublime, el alma de Rosa cortejada de los ángeles. Meditaba con suma complacencia cuán más grato, que el del incienso, sería al Creador el suave perfume de aquel lirio cándido, la inocencia de aquella alma pura. “Oye, Señor, sus votos,” decía él también, porque estaba seguro ser objeto de ellos. Sus ojos se encontraron, no con los de la hija, sino con los de la madre, en los cuales estaba pintado el despecho y la ofensa que le causaba su presencia: los de Rosa no se levantaron una sola vez á mirarle, aunque ya le habían hallado en medio de la multitud. Pero Rosa lloraba, y por entre la blonda que velaba su encendido rostro, Eugenio miraba en aquellas lágrimas brillar para él un rayo de felicidad, como al través de la nube se reflejan los del iris en las gotas de la tempestad.

También Doña Brígida comprendió aquellas lágrimas, porque tales cosas no se pueden ocultar á los ojos solícitos de una madre; y fuese efecto de su mala educación, ó de poca reflexión, ó de mala inteligencia de la autoridad, ó de todo junto, comenzó á agriarse su carácter, y á no tratar á su hija con la dulzura que hasta entonces, al ver que Eugenio la amaba siempre, aunque no supiese de ninguna correspondencia entre ellos, y que Rosa continuaba en manifestarse triste cuando la hablaba de con-

cluir con D. Melitón, aunque siempre dispuesta á hacer lo que se la mandaba. En su vanidad y en su ignorancia, no se contentaba con que se la hiciese el sacrificio de una resolución, sino que exigía además el de las inclinaciones. Ni su entendimiento ni su amor propio, la dejaban comprender cómo una hija podría dejar de querer ó aborrecer lo que aborrecía y quería su madre: el sólo hecho de querer á un hombre en el secreto de su corazón, aun para desear ser su mujer legítima, era á sus ojos un principio de depravación que la apesadumbraba y la ofendía.

Creyendo que la reclusión fuese un medio eficaz para formar el corazón de su hija á su modo, la hizo entrar á "Santa María de Gracia," en clase de colegiala, diciendo en confianza á una hermana suya y á otras amigas monjas de aquel convento, el motivo de aquella determinación, y recomendándoles la amonestasen con frecuencia, y la inclinasen más bien á tomar el velo, si no la podían reducir á dar con gusto su mano al sujeto á que la destinaba. Un año pasó allí Rosa, siempre respetuosa, siempre sumisa á su madre y contenta cuando venía á la reja á visitarla: mas la señora Doña Brígida, viéndola en el mismo estado que cuando la metió, es decir, dispuesta á hacer lo que ella quisiese, pero sólo por el gusto de complacerla, y nunca con muestras de contento, creyó deber atribuirlo á

la flojedad con que las monjas trataban á la colegiala. En efecto, el carácter de las religiosas de aquel convento, que en todo tiempo ha sido la dulzura y el cariño personificado, la afabilidad del candor, y la alegre solicitud de la verdadera caridad, no era lo que más convenía á las exigencias de Doña Brígida, que habría deseado de buena gana se empleasen los medios coercitivos, y los malos tratamientos que creía ser más eficaces.

Al efecto, pasó á hija al colegio de S. Diego, que siendo establecimiento de educación, se hacía muchas veces correccional para las jóvenes que querían casarse, aunque no servía ni de una ni de otra cosa. El primer sufrimiento de Rosa fué encontrarse con una casa que ella creía ser un plantel de madres de familia; pero en la que observó luego que no se enseñaba lo que debiera saber aquella preciosa mitad, cuyo destino en la tierra es hacer la felicidad doméstica, y preparar el corazón del hombre desde sus sollozos, para entrar en el mundo á consolar á su vez los de sus semejantes, con un amor de que sólo se puede hallar una fuente inagotable en el corazón de una madre. Sólo vió en la mayor parte orgullo é incapacidad para todo, y la ignorancia más supina en las cosas más rudimentales. ¡Cuánto suspiraba allí Rosa por su convento de Santa María de Gracia! porque habría querido pasar veinte años en una pri-

sión más bien, que en aquel colegio. Ciertas superiores, y otras colegialas antiguas, la miraban de través como á una criminal, y se empeñaron en castigarla por el crimen de ser amada; crimen que ellas sentían muchísimo no haber podido nunca cometer. Rosa sufría, no solamente por un tratamiento duro y por un espionaje asídúo, sino de verse el objeto de conferencias secretas entre la oligarquía de aquella casa, y de historietas de sus compañeras. No la dejaban distraerse en juegos inocentes con las niñas de menos edad, á quienes se las prevenía huyesen de ella como de la peste; ni se pudo hacer una amiga entre sus iguales, porque ó eran más pueriles acaso que las niñas, ó, envidiosas de su mérito, la repelían afectando escándalo. Este aislamiento la hacía desear más ansiosamente ver á su querida cuanto injusta madre; mas ésta retardaba más y más sus visitas, y cuando las hacía, era acompañada del áspero é inurbano Don Melitón. Apenas la saludaban, y se pasaban ambos la tarde en la huerta del colegio, llamada "el Olivar," hablando con la rectora y otras ancianas, sin consentir que ella se acercase, y de cuyas conferencias siempre veía Rosa resultar más espionaje para sus menores acciones, más murmullo entre las colegialas, y peores tratamientos de las superiores. En la reja no podía recibir ni una parienta suya, ni aun á su confesor, hombre de talento, y á quien

ella amaba mucho, sin que estuviese al lado, aunque escondida tras de un biombo, una vieja, que allí no se tiene rubor de darla, ni ella de aceptar el vil nombre de "escucha." Era su encargo, cuidar de que no se hablase más que del frío ó del calor, ó de cualquiera otra cosa tan indiferente como ésta; y sin embargo, siempre se le esperaba á Rosa alguna severa reprimenda con expresiones demasiado humillantes, por necias interpretaciones de las palabras más inocentes. En año y medio que duró su reclusión, no pasó los umbrales de la puerta más que dos ó tres veces para ir con otras, que eran las escogidas, á casa del capellán del colegio en los días de su santo, para verse tratada por él, ó con el tono de un jefe de escuadrón, ó con una incivil familiaridad. Aunque por regla general no se consentía en aquel "colegio de educandas" el uso de la pluma, ni tener papel blanco en su poder, como cosa inútil y acaso pernicioso para una niña, ella además no podía ni aun recibir una esquila de su madre, sin que fuese leída antes por otras personas: sus contestaciones no las podía enviar cerradas, y por consiguiente no podía hablar confidencialmente á su propia madre de todo lo que ella quisiese.

Doña Brígida la habría tenido allí eternamente, á no haberla exigido las superiores que la sacase, en consecuencia de haber leído una de esas contestaciones, que

tenía después de otros asuntos estas palabras: "Si yo entendiese, mi mamá muy amada, que vd. tenía placer en que yo viviese aquí, todo el maltrato que se me diese, todas las amarguras que me pudieran rodear, serían poco experimento del amor que á vd. la tengo; pero no hay ningún mal que se parezca al de haber perdido su confianza; ninguno que se parezca al de creerla á vd. afligida y quejosa de mí, y privarme de su compañía, ó por corregirme ó por castigarme. Mas ¿de qué, mamá? Desde que vd. me manifestó decididamente su voluntad, yo he estado dispuesta á obsequiarla; y no con despecho, ni inculpando á vd. de mi suerte ó de mi desgracia. Usted verá cómo hago todo lo que vd. quiera, y con semblante muy alegre, como quien es feliz en dar gusto á quien ama más sobre la tierra: vd. quedará contenta de mí. Si yo lloro en este colegio, no es por un trato, hijo sólo de un sentimiento que compadezco, sino de pensar que está vd. sola, que nadie la alivia á vd. de los quehaceres domésticos, y que puede vd. enfermarse sin que yo esté allí. Madre mía, no tanta crueldad; ésta sería la mayor desgracia para su hija que la adora.—Rosa."

Poniendo, pues, Doña Brígida, su última esperanza en que el tiempo haría á Rosa amar á Don Melitón, la sacó, intimándola su resolución, de que se preparase la celebración del matrimonio.

Eugenio estaba al tanto de todos los pasos que se daban en la familia. En cerca de tres años que duró la reclusión de Rosa, no faltó un solo día de asistir á las iglesias de los colegios en que la tenían, ni de espiar todas las ocasiones de verla, sin haber llegado jamás á conseguirlo.

Al día siguiente de su salida de San Diego, se encuentra Rosa por la noche, debajo de su almohada, con un papel doblado, pero sin sobre y sin oblea, en el cual lee estas palabras: "Cuando el sacrificio de la simulación no ha manchado aún una alma pura, yo ofendería á vd., señorita, si no creyese de su corazón lo que hace mucho tiempo me dijeron sus ojos. Vd. es tímida y está vd. indefensa. Se quiere ejercer una violencia cruel sobre sus inclinaciones, y allá en su interior desea vd. que vuele en su auxilio el elegido de su corazón. Sería una bajeza no pensarlo así, y más aún el no hacerlo. El sacrificio de mi vida es menos grande que la felicidad de que vd. lo acepte; mas sea para arrancarla á vd. de las garras de la tiranía, sea para resignarnos á una desgracia irreparable, una sola palabra, señorita, una sola palabra que me diga lo que debo hacer; pero una palabra que salga de la boca de vd., que se me dirija á mí, que suene en mis oídos, que quede resonando en ellos para darme en la tierra una idea de la voz de los ángeles.

El domingo próximo, cuando todos se

hayan retirado del paseo, estaré en la puerta falsa del jardín: que la vea yo á vd., que la oiga, que la ofrezca mi ternura, que mis labios impriman mi respeto en la huella que allí deje su delicada planta, y después la muerte.

Ahórrese vd. la congoja de indagar por qué medios le llega este papel, y de buscar otros para contestarme y los términos en que deba hacerlo; su silencio me bastará para indicarme su consentimiento.—Eugenio....”

Medía muy bien el corazón de Rosa el tamaño del sacrificio de renunciar á un hombre como Eugenio, á un hombre tan superior y que la amaba tan apasionadamente; pero respetaba tanto la voluntad de su madre y la quería con tal ternura, que se habría horrorizado de que le ocurriese la sola idea de entenderse directamente con un joven, ni aun para declararle su resolución y hacerle desistir de sus pretensiones. Así, pues, ni contestó, ni concurrió á la cita.

Mas viendo que ni aun los preparativos de su matrimonio eran bastantes para hacer desistir á Eugenio; sabiendo constantemente que no faltaba un sólo domingo de hallarse á la entrada de la noche en la puerta del jardín, y no la desamparaba hasta que dando vuelta á la esquina, veía alejarse el coche en que ella se retiraba; deseando sinceramente padecer sola y que

Eugenio no pensase más en ella; llevada de la compasión al considerar cuán desgraciado era aquel hombre por amarla; figurándose la cruel ansiedad en que él se hallaría en los momentos de esperarla para dejar aquel sitio más infeliz en cada vez que nunca; comprendiendo, que en la dicha y en el infortunio hay minutos que valen siglos, y reflexionando, por último, las interpretaciones y los riesgos á que se expondría si se valía de una tercera persona para enviar un papel, habría deseado encontrarse con Eugenio en alguna parte en que pudiera hablarle; mas la señora había tenido muy buen cuidado de romper con todas las familias que eran visitadas por Eugenio. En este extremo se resolvió Rosa, al cabo de muchos meses, á concurrir á la cita con el sólo objeto de hacer saber á Eugenio su resolución de no causar una pesadumbre á su madre, y suplicarle la desterrase de su memoria.

Hacía ya rato que el sol, en una de esas tardes, había abandonado á la tierra: las campanas todas de la ciudad acababan de anunciar á los últimos que aún había por la alameda; la hora de retirarse, quedando luego en un profundo silencio. Apenas el sitio estuvo enteramente desierto, Eugenio, como todas las veces anteriores, aplicaba el oído á la cerradura de la puerta; y á cada momento hacíale su ansiedad confundir el leve ruido de las hojas con el del ves-